

# Editorial

## 19

El malestar de occidente ha subido un grado más, posee ahora ya los destellos ardientes de los incendios en las noches francesas.

Sin embargo, la intelectualidad acomodada de ese mismo occidente no duda, con un gesto de elegante superioridad, en llamar apocalípticos a aquellos que nombran la gravedad de ese malestar.

Ellos, no se sabe por qué, están convencidos, en esto como en tantas otras cosas, de que "no va a pasar nada".

En España, los nacionalismos retornan una vez más como una pesadilla demasiado conocida. Y esta vez son los periféricos los que, también ellos seguros de que no va a pasar nada, despiertan al nacionalismo español, cuando parecía ya definitivamente apaciguado. Y les acompañan, entusiasmados, políticos oportunistas que, olvidando la tradición internacionalista de la izquierda, ven en ello la ocasión de conservar unos meses más sus espacios de poder.

También ellos desde luego, como los intelectuales que les acompañan solícitos, creen que no puede pasar nada; de hecho, piensan, lo único que podría llegar a pasar es que perdieran eso que conciben como lo único realmente apreciable y que es también, para ellos, lo único apreciablemente real -esos mismos espacios de poder.

En Europa, el proyecto común se tambalea. Los dirigentes de los estados nacionales recuperan gestos de egoísmo nacionalista que parecían ya del todo abandonados. Y la extrema derecha, su sensibilidad y su intolerancia, retorna, crece, se afirma en su pánico.

De manera que ya, cuando casi todos corren a aferrarse a sus banderas -y, claro está, al odio a las banderas de los otros- casi nadie defiende el proyecto transnacional, progresista, civilizado, de una sociedad de seres humanos iguales en derechos y en dignidad.

¿Qué motivos, entonces, ofrecer a esas masas de emigrantes en crecimiento imparable para que contengan su furia destructiva y se integren en un proyecto común?

¿Qué motivos ofrecerles para que dejen de quemar nuestros coches cuando perciben con toda nitidez que es eso, nuestros coches, lo único en lo que creemos, nosotros, occidentales cínicos y orgullosos de no creer en nada? En nada salvo, insistamos en ello, en nuestros coches, en nuestras cuentas bancarias y en nuestras identidades nacionales, sean las que sean, que nos permiten sentirnos superiores a los que carecen de tan prestigiosa nada.

Y ciegos, en esa misma medida, hasta el punto de vivir convencidos del más disparatado de los absurdos, desmentido por la historia entera de nuestra especie: que no puede pasar nada.